

RODOLFO MEDEROS: EL TANGO ESTÁ HERIDO DE MUERTE

Por MARÍA CRISTINA ALVARADO

Fotos: ALFONSO DURIER

Su concierto empieza en una hora y ahí está Mederos en un camerino del Teatro Julio Mario Santodomingo, sereno, cordial, recibiéndonos con una amplia sonrisa, después de haber conversado con algunos de los integrantes de su Orquesta Típica, con quien se presenta esta vez en Bogotá.

Aunque su infancia no transcurrió en su natal Buenos Aires (1940), su estampa de porteño es innegable, impecable camisa blanca, chaleco, botines negros y su pelo cano, corto y parejo, que a veces se le viene a la cara cuando agita la cabeza, como si estuviera tocando el bandoneón.

Y se sienta cómodamente en el sofá, dispuesto a la conversación, con su mirada franca sin presunción ninguna, como si no fuera el mismo que hace más de cinco décadas está ofrendado a la música, y ella a él, tantos tributos, como

pocos seres humanos pueden demostrar: es creador, arreglista, intérprete y dirige su trío y su orquesta típica.

Cuando tenía cinco años, un día en el patio de su casa, allá en Entre Ríos, tuvo por primera vez un bandoneón encima de sus piernas. Y desde ahí trata con él de manera permanente e indisoluble. Hoy puede decir que los dos han establecido una relación “humanizada”, es decir, que pasa por todos los estados del alma, como en un tango.

En los 60s, Mederos fue descubierto por Astor Piazzolla y marcado posteriormente por el proverbial Osvaldo Pugliese. Formó sus primeros conjuntos a partir de 1960 para tocar en las radios de la provincia y en la televisión. Su Octeto Guardia Nueva trascendió hasta tal punto, que el propio Astor al escucharlo en una de sus giras, le propuso que viajara a Buenos Aires. Después de años duros comienza a grabar obras propias, de Piazzolla y otros autores. Y pocos años más tarde vive en Cuba, luego en París y regresa a Buenos Aires donde continúa dedicándose al bandoneón e integra diversas orquestas y grupos, muchos creados por él.

Por el bandoneón, que es el tango, comenzamos nuestra charla y así como en un tango, pasa de la serenidad al escepticismo y hasta a la provocación,

El preámbulo

Pregunta: ¿Cómo encuentra la salud del tango hoy?

Rodolfo Mederos: está herido de muerte, no hay poetas, no hay intérpretes, hoy no se produce más tango, sólo se hace una triste y burda muestra para turistas poco exigentes. Después de los 60s se acabó, lo que hay ahora es un producto apto para el consumo, hay mucho oportunismo e ignorancia.

P: Pero, no tiene salvación?

R.M.: Si llegase a renacer, aún con otras formas melódicas, será por sus propias virtudes y no porque a una multinacional se le antoje hacer tanguerías, porque una música está viva sólo cuando hace parte de los usos y costumbres de un pueblo.

P: ¿Qué se podría hacer, entonces, para recuperar el tango?

R.M.: Si tuviera la respuesta me lanzaría como presidente de un país, porque es la misma fórmula para que un pueblo recupere su identidad saqueada, enajenada, empeñada a lo ajeno, a la cultura del “amo” olvidando la propia, sus raíces.

P: Usted va y viene de un continente a otro, qué dice del momento que vive el mundo hoy?

R.M.: No soy sociólogo, ni analista y me puedo equivocar, pero la sensación que tengo es que el hombre de hoy está en pos de objetivos engañosos. Hoy importan mucho la cantidad y la velocidad, importan los datos, no el conocimiento, ni la sabiduría, no hay capacidad para la reflexión. Quizás sea un romántico del siglo pasado, pero pienso que por estar detrás del google y la cibernética, no sabemos, por ejemplo, cómo hacen el amor los pájaros, o qué es de verdad un amigo: ¿el que está en la lista de facebook?

P: Ya casi comienza su concierto, ¿qué busca usted cuando sale al escenario?

R.M.: Busco despertar, en vez de adormecer, porque el arte no debe ser complaciente, bonito, simplemente agradable, el arte debe conmover en profundo, para provocar, para transformar, para desconcertar al público de vez cuando.

Y retoma la risa, la alegría, antes de la fiesta escénica con cuatro bandoneones, cuatro violines, viola, violoncello, contrabajo, guitarra y piano.

El Concierto

Cuando Mederos sale al escenario, interpreta el conmovedor solo de bandoneón “Nunca tuvo novio”, de Agustín Bardi. En palabras de uno de los asistentes, “es como conectarse con el alma, como entrar en otra dimensión”.

Luego comienza el público a formar parte de una especie de “concierto – taller”, porque las dotes pedagógicas de este maestro del tango se despliegan durante las dos horas siguientes,

también con momentos de buen humor, como cuando invoca al italiano "Franco Deterioro" para justificar algún olvido.

"Es como si nos hubiera atendido en la sala de su casa", sentencia otro amigo que estaba allí presente.

También hay lugar para la reflexión sobre el tema de los arreglos musicales que en ocasiones se convierten en "cirugías estéticas" y "a veces el paciente no queda tan bien". Y recuerda a su madre cuando le pregunta – qué estás tocando? Y él responde: -La Cumparsita y entonces ella le dice: - no, esa no es La Cumparsita. – No, es un arreglo, afirma Mederos y entonces ella alega: - Ah, entonces es que los tangos los componen desarreglados!

Después vinieron, entre otras, "Romance de Barrio" de Aníbal Troilo, la sin igual "Merceditas" de Ramón S. Ríos y "El Caburé", de Arturo de Bassi y "Cuando llora la milonga", de Juan de Dios Filiberto, que marcaron momentos intensos.

El recinto se llenó de ternura cuando confesó que su mayor alegría es cuando comparte el

mate con María Ángela, su mujer, y refrescan los pendientes del día, y luego interpretó el tango que escribió para ella: “La alegría de encontrarte”, que como otras de sus obras (“Todo ayer”, “Nuestros Hijos”, “Abran Cancha”) dejan un sabor moderno con esencias antiguas, otra de las ideas guía de su trabajo: alimentarse del pasado y manifestar el presente.

En este concierto el maestro Mederos estrenó la obra “El Conquistador”, que forma parte de la banda sonora de una película del dibujante e historietista argentino Caloi.

Y antes de su homenaje a Piazzola, cerrando su espectáculo con “Libertango”, comentó que la vanguardia del tango comenzó realmente con Eduardo Arola, un verdadero visionario de comienzos del siglo XX, de quien interpretó “La Cachila”.

Cuando todo terminó, quedó en el ambiente el eco de esta música que nos pertenece y la huella imborrable y decisiva de un hombre coherente.

